

HE

DISCURSOS

DE LA

PACIENCIA CRISTIANA,

MUY PROVECHOSOS PARA EL CONSUELO DE LOS AFLIGIDOS EN CUALQUIERA ADVERSIDAD

Y PARA LOS PREDICADORES DE LA PALABRA DE DIOS;

COMPUESTOS

POR EL MAESTRO FRAY HERNANDO DE ZÁRATE,

de la orden de San Agustín, de la provincia del Andalucía,

DIRIGIDOS A DON PEDRO FERNANDEZ DE CORDOBA, MARQUÉS DE PRIEGO

Y SEÑOR DE MONTILLA, Etc.

DISCURSOS DE LA PACIENCIA CRISTIANA.

PARTE PRIMERA.

LIBRO PRIMERO.

EN QUE SE TRATA DE LA NATURALEZA, CALIDADES Y CONDICIONES DE LA PACIENCIA.

PRÓLOGO.

Tres cosas dice el príncipe de los filósofos, Aristóteles, que se han de tratar para alcanzar el perfecto conocimiento de una cosa, por este orden: la primera, si hay la tal cosa en el mundo, esto es, si tiene ser entre las demás cosas que le tienen; porque de lo que no es ¿qué se puede tratar ni conocer? La segunda es, averiguar qué cosa es aquello de que se trata, qué es de su esencia y naturaleza. Y la tercera, qué tal es, esto es, qué calidades y condiciones tiene; las cuales por buen discurso se sacan, sabida su naturaleza y definición. Habiendo pues de tratar en este libro de la paciencia cristiana, y queriendo en él seguir este orden del filósofo, sabiendo que aun en las cosas naturales y al parecer menudas y de poca importancia, ninguna hizo Dios sin gran por qué, como en el libro de *Job* se dice, que ninguna se hace en la tierra sin causa, menos creéremos que en las espirituales la hará sin ella. De donde nace que lo mismo es averiguar de la paciencia si tiene ser, que tratar si es necesaria; y así, será esto lo primero que della se trate en este primero discurso. Lo segundo, en el segundo. Lo tercero, en lo restante de todo el libro primero y en los demás que se siguen.

DISCURSO PRIMERO.

De la necesidad de la paciencia.

De cuánta dignidad y de cuánta excelencia fuese el primer hombre antes del pecado, y de cuántos y cuán soberanos privilegios gozase, fácil es de conocer á quien con atención trata las divinas letras; porque, después de haberle criado Dios inmortal y hecho á su imagen y semejanza, ataviado de muchas gracias y dones, le puso para mas felicidad en el paraíso terrenal, donde las cosas necesarias á aquel estado tenia sobradas. El (como san Agustín dice) vivía en todo á su contento, en amistad de Dios y sin mengua de cosa alguna; el vivir tenía en su mano, el comer y beber presente y sin trabajo, un árbol de la vida para defensa contra la vejez,

libre de corrupción en el cuerpo; ninguna cosa le daba molestia ni pesadumbre á sus sentidos, sin temor ni sobresalto dentro del alma, ni herida, ni dolor en el cuerpo; la carne sana y el alma sosegada. Porque, así como en aquella region no habia calor ni frio que ofendiese al cuerpo, así en el alma no habia codicia que ofendiese á la buena voluntad del dueño. Finalmente, no habia cosa que fuese ni triste ni vanamente alegre, sino un verdadero gozo que procedia del cielo, cual se puede pensar de la caridad, gracia y justicia de donde nacia. La compañía querida con amor honesto, la conformidad constante, el cuerpo lo era en la castidad y el alma en la obediencia de su Dios, sin trabajo ni fatiga. El cansancio no fatigaba al ocioso, ni el sueño molestaba al que no le queria, y todo lo demás de la vida iba á este paso. Habiendo pues el demonio envidia á vida tan dichosa y fácil, persuadió á la mujer que comiese de lo vedado, y mediante ella al marido; el cual, vencido de la impaciencia, comió (no sin gran daño suyo y nuestro) del árbol que Dios habia acotado. Perdió entonces, por la envidia del demonio, no solo el don inestimable de la inmortalidad, mas cayó en tan innumerables miserias y calamidades, que no hay lengua humana que pueda contarlas; pues después acá, no solo ha sido y es el hombre atormentado en lo exterior de varias adversidades, mas aun en lo interior siente insufribles batallas, persecuciones y trabajos, por la rebelion de los sentidos contra la razon, y de las pasiones que la contradicen, y otros muchos trabajos de cuerpo y alma; tanto, que puede el hombre ser juzgado de quien bien lo considerare, por el mas miserable animal de cuantos hay en la tierra.

Pero, aunque son muchas las pasiones que le fatigan y estorban el bien de la razon, y le apartan el camino derecho del cielo, sobre todas tiene muy aventajada fuerza la tristeza, que nace de las adversidades que cada hora suceden. Esta nace de una de dos cosas: ó del mal presente que tenemos sin querer, ó del bien que quisiéramos no perder y hemos perdido. Destas nace la tristeza, que es una pasión que hace aprehender estas

cosas, de donde nace, como contrarias tuyas; la cual, por provenir de varias ocasiones y causas, tiene en la Escritura varios nombres. Llámase tristeza, fatiga, pasión, angustia, contrición, tormento, llanto, gemido, enfermedad, lloro, desabrimento, descontento, contrariedad, tribulación, enojo, aborrecimiento, desasosiego, dolor y otros semejantes; la cual, de tal arte pone impedimento á lo bueno, que si no es con tiempo remediada ó refrenada, el alma quedaria rendida y deshonradamente vencida, y daria de ojos en muchos y muy graves pecados; como san Fulgencio dice, que de un gran dolor de un hijo muerto tuvo principio el abominable vicio de la idolatría; y esto mismo se da á entender en el libro de la *Sabiduría*, y Celio Panonio, sobre el capítulo 9.º del *Apocalipsi*, siente lo de Fulgencio. Y tambien, cuando para esto fuese impedida, podria fácilmente quedar consumida el alma de pesar, que es lo que el Sabio dice, que el alma triste seca los huesos. Y en otra parte dice que á muchos acabó la tristeza; porque, como los médicos dicen, mata al que la tiene, aunque poco á poco. Y san Pablo dice que la tristeza del siglo causa muerte; aunque la que es segun Dios, antes se ha de procurar, porque nos acarrea salud y vida para el alma. Y pues esto es así, claro está que es necesario (mayormente al hombre cristiano y que quiere andar por el camino de la virtud) proveerse de una contrayerba, que es una virtud contraria, que resista á tanto daño como esta pasión le puede causar, y esta es la paciencia, mediante la cual todo se sufre.

Todo lo dicho se colige de la doctrina del bienaventurado san Cipriano, que, hablando de la necesidad desta virtud, dice estas palabras: Cuán necesaria y cuán provechosa sea la paciencia, hermanos muy amados, para que pueda clara y cumplidamente conocerse, acordémonos de la sentencia de Dios, que en el principio del mundo y del género humano fué dada á nuestro padre Adán, cuando quebrantó la ley recebida; que entonces entenderemos cuán sufridos hemos de ser en esta miserable vida, pues nacemos de tal condicion para luchar con trabajos y apreturas. Porque oíste, dice, la voz de tu mujer, y comiste del árbol que yo te habia mandado que no comieses, maldita será la tierra en todas tus obras, con tristeza y con gemido comerás della todos los días que vivieres; ella te criará espinas y abrojos y tendrás sustento del campo; comerás pan con sudor hasta que vuelvas á la tierra, de que fuiste formado; porque tierra eres y en tierra te has de volver. Todos quedamos condenados y obligados en esta sentencia, hasta que, mediante la muerte, partamos desta vida. En tristeza y gemido nos es forzoso vivir todos los días que viviéremos, y asimismo mantenernos con nuestro sudor y trabajo. De aquí es que, cada uno de nosotros, cuando nace y es recibido en el hospedaje deste mundo, la primera cosa que hace es llorar; y aunque nace ignorante de las cosas dél, ninguna cosa conoce primero que lágrimas, con que, con la natural providencia comienza á celebrar llorando las congojas, trabajos y tempestades deste mundo, que comienza á experimentar, como dando testimonio el alma dellas, con aquellos rudos gemidos; porque con ellos confiesa que toda la vida que vivimos es sudores y trabajos.

Pues á tantos males ningún remedio ni solaz se halla sino la paciencia; la cual, como quiera que sea para todos los nacidos necesaria, mucho mas para nosotros, que, por tener al diablo por particular enemigo, somos mas combatidos; que, estando de continuo en la estacada, somos de las escaramuzas de tan diestro y fuerte enemigo fatigados; que, demás de las ordinarias peleas, en la de las persecuciones conviene dejar aun los patrimonios, padecer las cárceles, traer cadenas, ofrecer las vidas, sufrir las espadas, las bestias, los fuegos, las cruces y todo género de tormentos y penas, mediante la fe y la virtud de la paciencia, conforme á la doctrina y instruccion del Señor, cuando dice: Estas cosas os he dicho para que en mí tengáis paz. En el mundo os veréis apretados; pero tened esfuerzo y confianza que yo he vencido el mundo. Pues si los que hemos negado y renunciado al demonio y al mundo padecemos trabajos y violencias y persecuciones del mundo, mas que los demás que viven en él, ¿cuánta mas paciencia y sufrimiento conviene que tengamos para adargarnos contra todas las que padeciéremos? Mandamiento es de nuestro Señor y Maestro: El que sufiere, dice, hasta el fin, este será salvo. Y en otra parte: Si permaneciéredes en mi palabra, seréis de veras mis discípulos y conoceréis la verdad, y la verdad os librará. Así que, hermanos míos, conviene sufrir con paciencia y perseverar, para que, admitidos á la esperanza de la verdad y libertad, podamos alcanzar la una y la otra; pues que esto, que es ser cristianos, es negocio de fe y esperanza; y estas, para que alcancen lo que creen y esperan, tienen necesidad de paciencia. Hasta aquí son palabras de san Cipriano.

Entre las cuales no son las menos dignas de consideracion cuando dice que los cristianos tenemos desta virtud tanta mas necesidad quanto vivimos mas ofrecidos á los trabajos, y quanto mas somos del enemigo combatidos y perseguidos, como quien nos avisa de la propia y particular insignia del cristiano, á que el *Eclesiástico* nos apercibe cuando dice: Hijo, la hora que te determinares á servir á Dios, desde ella apercibe tu ánima á padecer tentaciones y trabajos, humilla tu corazón y sufre, no te apresures en el tiempo de la tristeza y calamidad, espera el esfuerzo de Dios, para que por ese camino al cabo erezea tu vida con el aumento de la eternidad. Y dando la razon, añade: Porque, como en el fuego se prueba el oro y la plata, así en el fuego de la tribulación y humillacion se afinan los hombres que han de ser vueltos á recibir á la amistad de su Dios; aludiendo al ángel que los echó del paraíso, despedidos de la gracia y amistad de Dios. Y esto es lo que san Pablo dice, apercibiendo á los cristianos para padecer: Ninguno, dice, se alborote con las tribulaciones y trabajos, sino piense y entienda que esa es nuestra profesion, y en eso estamos puestos á ellos y ofrecidos, como peñascos en medio del mar, combatidos y azotados de las ondas de todas partes, sin hacer mudanza ni movimiento. Estas son las injurias, empellones, malos tratamientos de los demonios y sus ministros, los hombres malos. Y si preguntares la razon por que el demonio persigue tan cruelmente los hombres, señalándose especialmente contra los cristianos y siervos de Dios, fácil es de conocer, aunque en él no hay razon, sino envidia y

malicia. Lo primero, porque la hora que tratamos de seguir y servir á Dios nos hacemos desemejantes y contrarios del demonio. El siervo de Dios se desaparece al demonio en ser verdadero, y él, mentiroso y padre de mentira; el siervo de Dios, obediente; él, desobediente á Dios; el santo, humilde; él, soberbio. Finalmente, el que sirve á Dios es bueno, y él, perverso y malo. Pues, así como en todas las cosas criadas las que tienen contrariedad de calidades son enemigas y siempre procuran destruirse unas á otras, como parece en el fuego y el agua; así este perverso, contrario y enemigo de toda bondad y virtud, toda la vida procura destruir al que la tiene. Doctrina es esta de san Gregorio, declarando aquellas palabras del Sabio, que agora deciamos: Hijo, cuando te allegares á servir á Dios, etc.; dice este santo: No dice, apareja tu ánima para quietud y regalo, sino á tentacion y trabajo; porque nuestro enemigo, mientras mas dura esta vida, quanto mas ve que le resistimos, tanto mas procura combatirnos y destruirnos; porque no gasta su tiempo en fatigar á los que sienten ser suyos por recta y pacífica posesion. Hasta aquí san Gregorio.

Lo segundo, así como cuando Saul comenzó á perseguir á David perseguia á los declarados por su parte, y les procuraba su muerte y perdicion solo porque acudian y servian á quien él, por su malicia, aborrecia; así este príncipe de tinieblas aborrece, persigue y procura matar y destruir á los que siguen á la luz, que alumbrá á todo hombre que vive en este mundo.

Y para que mejor se descubra la necesidad de la paciencia, es bien advertir que, aunque todos estamos sujetos á trabajos, y especialmente los cristianos, como queda dicho; pero ningún tiempo ni lugar está el cristiano seguro dellos. Mucho dijo el santo Job en decir que la vida del hombre no es sino una guerra sobre la tierra, porque la guerra es una de las mas graves tribulaciones della; lo cual saben bien los que andan en ella; de donde vino á decir el refran que es dulce vida la de la guerra para los bisoños, que no la han probado ó no saben della; queriendo decir que es dulce sabida por oídas, en comparacion de lo que en ella se padece; porque, con ser la hambre un mal tan trabajoso, que sacó á Jacob de Canaan y hizo comer á la otra á su propio hijo, con todo eso, á siete años de hambre igualó Dios tres meses de guerra, cuando dió á escoger á David entre los tres castigos. Pues ¿cuál debe ser la guerra, pues en el juicio y balanza de Dios, que no puede ser engañado; tres meses se igualan á siete años de hambre de castigo, que con todo rigor se habia de ejecutar? Pero mas al vivo pinta san Pablo las peleas del cristiano cuando las compara ó nombra con título de lucha, diciendo que no piense el cristiano que lucha contra carne y sangre, sino contra los demonios, príncipes y rectores desta escuridad. Donde en llamarlas lucha, dice cuán sin descanso ni tregua son nuestros trabajos y tentaciones; porque en eso se diferencia la lucha de la guerra, que en la guerra no siempre andan los hombres al pelo: á tiempos descansan, comen y duermen; sus treguas tienen para descansar, para rehacerse, para recorrer las armas y curar las heridas; pero los que luchan ningún momento cesan ni descansan, ni para eso se les da lu-

gar de parte del enemigo. Y en esto quiso declarar san Pablo las palabras del Señor, cuando dijo: El que determinare de seguirme, niéguese á sí mismo y tome á cuestras su cruz cada día; en las cuales, cuando dice su cruz, enseña que ninguno vive sin ella, y en el cada día, cuán pocos ratos se vive sin cruz. Como el mismo san Pablo, cuando decia que cada día moria por los cristianos, queria significar el poco sosiego que le daban las tribulaciones que padecia por ellos.

Lo segundo, se ha de advertir que de tal manera quiso Dios que viviésemos en este mundo sujetos á trabajos y adversidades, que pocas veces ó ninguna quiere quitarlos ni librarnos de todo punto dellos, por mas que se lo roguemos. Esto es llamar al Espíritu Santo consolador, y no librador de trabajos ni quitador de penas; lo cual pareció claramente en lo que el Apóstol dice de sí, que rogó á Dios con instancia le quitase un ángel de Satanás que afrentosamente le maltrataba. Ora este ángel malo fuese un gran dolor de cabeza, como unos dicen; ora de ijada, como quieren otros; ora fuesen sus émulo que le perseguian, como Himenco y Filet y Alejandro Erario; ora fuese que el mismo demonio le afligiese la persona, como les parece á otros santos; ora fuese, como comunmente se dice, algun estímulo ó tentacion de carne: lo cierto es que debia ser cosa muy grave y de mucha pesadumbre, y dice que tres veces rogó al Señor se la quitase; y la respuesta fué que le bastaba su gracia y favor. Así que, no siempre quiere sacarnos del trabajo, sino favorecernos para sufrirlo. Esto ha dado á entender en muchos lugares por diversas maneras de decir: unas veces dice que á sus ovejas nadie, por mas que tire, podrá sacárselas de sus manos, pero no dice que faltará quien tire. Del justo dice que si cayere no se lisiará, porque él pondrá su mano por almohada. No dice que no caerá, esto es, en tribulaciones. De la Iglesia dice que las puertas del infierno, esto es, todo el consejo y poder de los demonios, no prevalecerán contra ella; pero no dice que no pelearán. A Jeremías, dice: No temas si te acometieren; que yo soy contigo para librarle. En el mundo tendréis trabajos, dice á los discípulos, en aprieto os habeis de ver; confiad que yo vencí al mundo; como quien dice: No os tengo de quitar los trabajos y persecuciones, sino comunicaros el esfuerzo y virtud con que yo los vencí. Y á este tono hay muchos lugares en las divinas letras; aunque en diversos sugetos vienen los trabajos por diversos fines, como adelante se dirá. Y Hugo de San Victor dice que por una de cuatro causas son los hombres atribulados. Unos para su ruina, como Faraon; otros para su enseñamiento, como David; otros para su guarda, como san Pablo; otros para su corona, como Job. Pero pongamos ejemplo en una de las adversidades, do especialmente mostró esta su voluntad, que es en la enfermedad del cuerpo, que, aunque pudiera hacer su omnipotencia y cupiera en su justicia, y era digno de su misericordia que no las hobiera en el mundo, no quiso; pero ofreció su ayuda y favor, criando juntamente médicos y medicinas, yerbas, flores, raíces, piedras, licores y otros remedios; como el Sabio dice: Honra al médico, porque para remedio de las necesidades le crió el Altísimo. Y en otra parte dice: El